



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12377

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
joro.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Redacción y Administración Mayor, 24

JUEVES 5 DE FEBRERO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Pachong-Montmartre, 31.

La victoria del sultán

Ya suponíamos que en el embrollo de Marruecos vendría con la rebaja el célebre tío Paco. Por lo pronto el moro que ha sido paseado por Fez montado en un borrico no es el Roghi ó sea el Padre de la burra ni siquiera el tío. Seguramente no ha habido tal moro ni tal burro ni tal paseo y si lo ha habido ha sido una comedia.

Lo que parece cierto es que el sultán ha alcanzado una victoria; pero también para esta ha habido rebaja; pues el representante español en Tanger, señor Cologan, en un telegrama de confirmación le resta importancia.

Eso sí, las barbaridades han sido enormísimas; se ha hecho uso de explosivos, de petardos, se ha pasado a cuchillo a los rebeldes y á los que quedaron heridos en el campo se les descuartizó para que no dieran que hacer.

Un periódico de gran circulación, que se ocupa con interés de estas cosas, manifiesta sus dudas respecto a si el ruido que se ha querido hacer con la victoria del sultán estará relacionado con el empréstito marroquí.

Bien pudiera ser; pero sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el combate librado no pone fin al conflicto de Marruecos. Este continúa, si bien mas atenuado, por que dado el carácter de los moros, tan dado a fauladas, ha de haber perdido mucho a sus ojos la figura del pretendiente.

Pero ya rehara este sus fuerzas al abrigo de los breñales de Gayata; desde allí tanteara las kabilas mas o menos montañesas que están siempre dispuestas a rebe-

larse contra su señor y más ó menos pronto volverá a presentar la batalla.

Esto quiere decir que la pelota se encuentra en el tejado y mientras no caiga y se apodere de ella uno de los combatientes, no habrá sosiego para Europa.

Después... ¡quién sabe! Tal vez no lo haya lampoco, porque empieza entonces en peligro mayor.

MIS CANTOS

Genio de la Poesía
tus alas protectoras
cierre sobre mi frente
y extendido sobre mí;
alumbren tus destellos
las dichas seductoras,
que en horas de placeres
osado concebí.

Calmas de los mortales
el infeliz anhelo,
de glorias y esperanzas
caminas siempre en pos,
tú vives en los ámbitos
reconditos del cielo
y reflejar pareces
la excelcitud de Dios.

¡Luz siempre deseada!
¡Genio de la Poesía!
¡Cristal del sentimiento!
¡Cuna de la ilusión!
¡Haz que de nuevo suene
la triste lira mía
y anima de mis cantos
la pobre inspiración!

Con alas invisibles
flotando sobre el mundo,
descubres horizontes
de amor y de virtud,
y encuentras el entusiasmo
su manantial fecundo,
y alientas con tus glorias
la nueva juventud.

No cantaré mi lira
los báquicos placeres
que engendra lujuriosa

infame bacanal,
ni el ansia repugnante
de lúbricas mujeres,
ni los mezquinos roces
del mundo material.

No la revuelta danza
que en olvidado día
formara el desconfeso
sin mezcla de pavor,
ni el brindis apuroso
que brota de la orgía
y engendran los confusos
vapores del licor.

No cantaré ambiciones
de locos mercaderes
que solo en la riqueza
la dicha sueñan ver,
ni al torpe que olvidando
sus múltiples deberes
ganó las pasajeras
añiciones del poder.

No escépticas doctrinas,
que maga tentadora
presenta ante los hombres
cual dulce realidad;
y alejaré mis pasos
de senda engañadora,
que empieza con la duda
y acaba en la impiedad.

No cantaré mi lira
del adalid la gloria,
ni la batalla fiera
ni el súbito valor
del felicitado soldado
que adorna su victoria
de lágrimas y sangre
de luto y de terror.

Yo cantaré las ricas
antiguas tradiciones
que el hombre, satisfecho
disfruta al recordar,
de la familia humana
las santas afecciones,
las dichas verdaderas
del venturoso hogar.

Cantaré de los campos
la placentera calma,
de púdica doncella
el inocente amor,

que nace en el silencio,
que vive para el alma,
y es luz y es armonía,
perfumes y color.

Recordaré á mi madre
tesoro de cariño,
de halagos y caricias
perenne manantial,
la que educó amorosa
mi corazón de niño,
la que enjugó mi llanto
con beso maternal.

La que meció mi cuna
al son de sus cantares,
la que guió mi espíritu
de la verdad en pos,
la que sufrió conmigo
llorando mis pesares,
la que enseñó á mis labios
á bendecir á Dios.

De mi patria querida
cantaré la grandeza,
que en alas de la fama
brilló tradicional,
sufriendo que á sus plantas
se agite la torpeza,
minando codiciosas
su augusto pedestal.

Repartiré las dulces
narraciones sencillas
que del hogar en torno
en mi niñez oí,
posando sonriente
mi frente, en las rodillas
del padre cariñoso
á quien mi ser debí:

Cantaré las victorias
que dá la inteligencia,
las luchas del ingenio
las lides del saber,
los triunfos del trabajo,
las glorias de la ciencia,
que del progreso en alas
estiendo su poder.

¡Oh ven, genio sublime,—
destello refulgente
que rasgas de la sombra
el fúnebre capuz,
que al extender los rayos

do tu poder creciente
el universo llenas
con tu brillante luz.

Eres tú de la vida
la esencia verdadera
que halla cuna en el débil
humano corazón,
siu tí no se concibe
la alegre primavera,
ni anhelos, ni esperanzas,
ni dicha, ni ilusión.

El mundo sin tu ayuda,
sin recibir tu aliento,
fuera un desierto triste,
temida realidad,
abismo donde muertos
la fe y el sentimiento
brotarán de las sombras
la duda y la impiedad.

¡Luz siempre deseada!
¡Genio de la poesía!
¡Crisol del sentimiento!
¡Cuna de la ilusión!
¡Haz que de nuevo suene—
la triste lira mía
y anima de mis cantos
la pobre inspiración!

Narciso Díaz de Escovar.

CURIOSIDADES

Los estudiantes suizos

Los estudiantes de nacionalidad suiza de la Universidad de Lausanne, acaban de celebrar una gran reunión, en la cual han proclamado la necesidad de tomar especiales medidas contra la invasión de estudiantes extranjeros.

El movimiento se refiere especialmente contra los innumerables rusos que hacen en Lausanne sus estudios de Medicina.

El profesor Herzon ha tomado la defensa de estos últimos, que le hicieron en pago una entusiástica ovación.

Pronósticos terribles

Herr Zingen, hombre de ciencia, de Praga, opina que la Martinica y, probablemente, otras islas antillanas, serán completamente destruidas el año próximo, á



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C^a.



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 158

levita desabrochada, se distinguía una ligera mancha roja.

—¡Ah! ¡Qué lástima!—dijo involuntariamente, desviándose de aquel triste espectáculo.

—¡Naturalmente, es una lástima!—dijo junto á mi un soldado viejo, apoyado sobre su fusil con aire triste.—No teme nada; y eso no está bien; así que, ¿cómo es posible?...—añadió mirando atentamente al herido.—Es demasiado novio, y la ha pagado.

—Y tú, ¿tienes miedo?—le pregunté.

—¿Crees tú que no?

XII



CUATRO soldados llevaban al subteniente en una camilla. Detrás iba otro soldado conduciendo por la brida á un caballo flaco y cargado con dos cajas verdes en que llevaban los instrumentos de cirugía. Aguardábase al médico.

Los oficiales se acercaban á la camilla y trataban de consolar y dar ánimo al herido.

—Vaya, hermano Alanino, ahora no podrás bailar en algún tiempo—dijo sonriendo al teniente Resencranz.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 155

granadas... ¡Pero para qué referir los detalles de aquel horrible cuadro, cuando tanto hubiera yo dado por olvidarlo?

El teniente Resencranz tiraba con la carabina; y con su ronca voz gritaba sin cesar á los soldados, corriendo á galope de un extremo á otro de la columna. Estaba algo pálido, lo cual sentaba muy bien á su fisonomía marcial.

El bizarro subteniente estaba contentísimo la audacia brillaba en sus hermosos ojos negros, y su boca sonreía ligeramente. Volvióse á cada momento hacia el capitán, pidiéndole permiso para lanzarse á la carga.

—Pongámoslo en dispersión—decía con acento conmovido.—A fe mía, que los dispersamos.

—Es inútil—respondió secamente el Capitán.—Hay que replegarse.

La compañía del Capitán ocupaba la lina del bosque, y los soldados agachados no tiraban más que para contentar. El Capitán, con su levita usada y su gorro despeluzado, aflojando brida á su caballo blanco, y cogiendo las piernas sobre el estribo acordado, permanecía inmóvil y silencioso en el mismo sitio. Los soldados sabían también lo que tenían que hacer, que no había necesidad de darles órdenes. Únicamente algunas veces el Capitán levantaba la voz para reñir á los que levantaban la cabeza. Su as-